

MUNDO HISPANICO

LA GEOPOLITICA DE LAS ISLAS FILIPINAS

En 1951 los Estados Unidos firmaron cuatro grandes tratados con naciones del Pacífico. Uno de ellos fué el Tratado de Paz entre 48 potencias aliadas y el Japón; los otros tres fueron Tratados de seguridad, uno con Filipinas (otro con Australia y Nueva Zelanda y el tercero con el Japón). Ambas partes declaraban que «un ataque armado en el área del Pacífico sobre cualquiera de las partes sería peligroso para su paz y seguridad propias». Este lenguaje torna al lenguaje clásico de la doctrina de Monroe; difiere del lenguaje del Tratado del Norte del Atlántico que especifica que «un ataque armado contra uno... se considerará como un ataque contra todos».

Respecto a las Filipinas en particular, el Tratado Estados Unidos-Filipinas es importante, sobre todo, porque convierte una relación unilateral en una relación mutua; en el lenguaje de la doctrina de Monroe, la declaración del Tratado define un ataque armado como cualquier ataque a territorios bajo jurisdicción de las partes contratantes del Pacífico y también como ataque a sus «fuerzas armadas, barcos públicos o aviones en el Pacífico». De acuerdo con los Tratados, pues, existiría ataque armado a los Estados Unidos si se atacara a las Filipinas, u Okinawa, o a las fuerzas armadas norteamericanas en el Japón (1).

Por consiguiente, los Tratados garantizan, geopolíticamente, la protección de la cadena de islas que corren hacia el sur a través del Japón, las Yukuys, Filipinas, Australia y Nueva Zelanda.

El 13 de marzo de 1952 se reconoció, además, la importancia de las Filipinas, de un modo oficial, cuando el Presidente Truman aprobó una recomendación del Estado Mayor Conjunto en el

(1) JOHN FOSTER DULLES: «Security in the Pacific», *Foreign Affairs*, XXX, 2 (enero 1952), páginas 175-196.

sentido de que el área Filipinas-Formosa se colocara bajo el mando directo del comandante en jefe de las fuerzas navales del Pacífico (separándola de la dirección del comandante del Lejano Oriente). El cambio de mando dependía, en cierto grado, de la capacidad de las fuerzas navales de los Estados Unidos en la «neutralización» de Formosa para llevar a cabo su misión; además, teniendo un mando separado del de la guerra de Corea para la operación Formosa, podría resultar ventajoso si se producía un armisticio permanente en Corea.

La estructura geopolítica.—Situadas relativamente cerca de las islas Hawai, la mayor base aérea y naval norteamericana fuera de los Estados Unidos, en el centro del Pacífico, la importancia geopolítica de las Islas Filipinas se halla en relación con esta base norteamericana, que es también una avanzada de casi todas las rutas marítimas desde Asia y Australia e islas adyacentes a los Estados Unidos y Canadá. Al oeste de la ruta hacia las Filipinas se encuentra la estación naval de Guam, capturada por los japoneses en 1942 y reconquistada en 1944. Están, además, las islas otorgadas al Japón en mandato, y que ahora son «territorios en custodia» de los Estados Unidos con sus muchas bases navales y aéreas antes japonesas: las islas Marshall, con el gran atolón de Kwajalein formado por un círculo de islas de coral y capaz de albergar a una flota entera; las islas Carolinas, que incluyen la antigua base japonesa de Truk; las islas Marianas, con la base de Saipán; las islas Palau, con la base aérea de Yap. Dentro de esta estructura, la república de Filipinas, independiente desde 1946, ha arrendado a los Estados Unidos durante noventa y nueve años cinco bases, incluyendo a Cavite, con fines navales, militares y aéreos.

La base geográfica.—Después de cuatro siglos de gobierno español y casi cinco décadas de intenso dominio norteamericano, la «Commonwealth» de Filipinas empezó una nueva existencia como estado soberano el 4 de julio de 1946. Con una extensión superficial de 114.400 millas cuadradas (la mitad que España aproximadamente) agrupa a unas 7.100 islas (2.773 tienen nombre y 4.327 no lo tienen y carecen de importancia), que se extienden a unas 1.100 millas de la costa de Asia. El nuevo Estado tiene una población de 20.945.800 habitantes (el 1.º de julio de 1951) y una variedad tal de recursos en sus haciendas, bosques, minas y aguas que lo rodean que podría mantener a una cifra tres veces superior.

El área terrestre de las islas se extienden desde la isla más septentrional Y'Ami (a 65 millas de Formosa) hasta Saluag (a 30 millas al oeste de Borneo); así, pues, las Filipinas están en las mismas puertas de Asia y ocupan una importante posición estratégica, constituyendo un centro de comercio mundial, navegación y aviación en el Pacífico.

Geográficamente, las Filipinas se dividen en tres grupos. En el norte están Luzón, la mayor isla del archipiélago y las islas que la costean; en el centro se encuentran las islas Visayas (Panay, Negros, Cebu, Bohol, Samar, Leyte y otras más pequeñas); en el sur se hallan el archipiélago Sulu y Mindanao, la segunda isla en extensión.

En su conjunto, las islas se caracterizan por constituir un país escabroso, por lo general con alineaciones montañosas cubiertas de bosques. Casi dos tercios del territorio son bosques vírgenes que pueden producir 486.000.000 de pies de madera; la explotación forestal constituye, en efecto, una de las mayores industrias.

Son considerables los recursos minerales, pero están sin desarrollar. Los más importantes son el oro, plata, hierro, cobre, cromo, manganeso, plomo y cinc; existe también petróleo; las Filipinas, además, aventajan a Alaska en la producción de oro.

En el norte, valles fértiles como el Cagayan, la región que más tabaco produce en el mundo, y llanuras, como la Llanura central de Luzón, granero de arroz del país, se riegan mediante grandes sistemas hidráulicos en los ríos. En efecto, hay muchos ríos y lagos navegables que facilitan el transporte y la comunicación. Existen muchos y buenos puertos; el puerto de Manila está considerado como el mejor puerto natural en el Lejano Oriente. Las islas gozan de un clima agradablemente cálido, que con frecuencia se considera como el más agradable de los trópicos. Las dos principales estaciones durante el año son la estación seca, que empieza con días fríos y secos en diciembre, hasta el asfixiante mes de mayo; y la estación lluviosa, desde las lluvias de junio hasta los tifones de noviembre. Las precipitaciones son tan abundantes que, casi anualmente, las inundaciones cobran su tributo de vidas humanas, haciendas y cosechas.

Historia.—El archipiélago llamado las Filipinas adquirió su nombre hace cinco siglos, cuando fueron allí muchos exploradores europeos en busca de un nuevo mar que sirviera de ruta hacia Asia. Los políticos y comerciantes de España envidiaban el flore-

ciente comercio de especias de Portugal. Pero sólo los barcos portugueses podían rodear Africa y cruzar el Océano Indico; esto incitó a España a buscar una ruta occidental hacia Asia. Es muy curioso que fuera un marino portugués, llamado Fernando de Magallanes, y que navegaba por España, quien encontrara finalmente una nueva ruta marítima occidental hacia las islas de las Especias. Y en esta búsqueda, Magallanes descubrió casualmente el archipiélago filipino.

Magallanes había convencido al Rey de España de que podía llegarse a las islas de las Especias navegando hacia occidente a través del Océano Atlántico, y, por último, se le confió el mando de una flota de cinco naves con objeto de que abriera la nueva ruta marítima para la bandera española. Después de navegar más de tres meses por un océano amplio y en calma, al que llamó Pacífico, arribó a las islas que rodean a Guam, y llegó después a las Filipinas. Llamó al archipiélago «Islas de San Lázaro», en honor al santo en cuyo día se descubrieron las islas.

La historia escrita acerca de las Filipinas se remonta al antiguo imperio oriental. Muchos isleños profesaron el mahometismo y existieron gobiernos al estilo de los sultanatos árabes mucho antes de que Magallanes descubriera las Filipinas el 16 de marzo de 1521. En la isla de Cebú, Magallanes encontró una ciudad comercial en cuyo puerto comerciaban barcos de Arabia y China. Pero el 26 de abril de 1521, Magallanes fué muerto en la isla de Mactan por un jefe indígena (2).

Descendientes del tronco malayo, los filipinos estuvieron expuestos desde un principio a las influencias de las civilizaciones hindú y china mucho antes de la llegada de los españoles, y asimilaron a su propia cultura las características predominantes de cada una de ellas. Con Magallanes, los filipinos fueron influídos por la civilización latina; los misioneros españoles abrieron escuelas, teniendo como principal objetivo la instrucción religiosa. Pero el mahometismo resistió al catolicismo en Mindanao occidental y en Sulu; en el sur, incluso hoy día, Moro *panditas* (los sacerdotes) predicán todavía el evangelio monoteísta del Islam. Después de la guerra hispanonorteamericana llegaron los norteamericanos con sus

(2) G. F. ZAIDE: *Philippine History for Catholic High Schools* (Manila: Modern Book Co., 1950); ENCARNACIÓN ALZONA: *History of Education in the Philippines 1565-1930* (Manila: U. P. Press, 1932), pág. 8.

ideas demócratas haciendo hincapié en el avance económico, político y educativo.

La conquista española, que siguió a la muerte de Magallanes, se realizó por medio de numerosas expediciones. Uno de los conquistadores, Ruy López de Villalobos, volvió a bautizar al archipiélago con el nombre «Las islas de Felipenas» el día 2 de febrero de 1543, en honor al Príncipe Felipe, que sería más adelante rey con el nombre de Felipe II. Pronto el nombre de «Felipenas» se pronunció «Filipinas», y eventualmente adoptó la forma inglesa de «Philippines».

La colonia se hallaba bajo la constante amenaza de invasiones chinas, japonesas, holandesas portuguesas e inglesas. En la segunda mitad del siglo XIX empezó a atraer a los nativos el nacionalismo. En 1896, el Dr. José Rizal, el más amado de los patriotas filipinos, fué fusilado. Los filipinos, acaudillados por Andrés Bonifacio y su sociedad secreta, la *Katipunan*, se rebelaron y lograron ciertas reformas políticas.

Per este tiempo, España reprimía otras sublevaciones, especialmente la de Cuba. El tumulto puso en acción a Teodoro Roosevelt, ayudante del ministro de Marina. La mejor colonia de España, pensó no estaba en el Caribe; prácticamente se hallaba bajo los cañones del Comodoro George Dewey que mandaba la flota del Pacífico. Rápidamente, y sin autorización, Roosevelt ordenó a Dewey que atacara las Filipinas si estallaba la guerra. La respuesta de Dewey fué una abrumadora victoria. De repente, y sin darse cuenta de ello, los Estados Unidos tuvieron un imperio, por el cual pagaron a España 22 millones de dólares.

Pero la corona del imperio no se adaptaba con facilidad y nueve meses después de las protestas de los Estados Unidos contra la guerra que realizaban los españoles, empezó en Filipinas la caza del hombre por los Estados Unidos. Fué una lucha larga, costosa, trágica. Mucho antes de que se ocuparan totalmente las islas empezó una campaña en los Estados Unidos en favor de la libertad de Filipinas. Se convirtió en el santo y seña de una larga línea de Gobernadores Generales y Altos Comisarios la adopción de una política de paternal benevolencia. Se promulgó luego la ley Tydings-McDuffie de 1934, que dió a las Filipinas un período de Gobierno libre (o «Commonwealth») de diez años, y les concedió la independencia el 4 de julio de 1946.

La prueba real para Filipinas fué la guerra. En veintiún días,

los increíbles japoneses, desembarcaron en las playas de Luzón, y llegaron a Manila a través de las montañas; ocuparon esta capital y se esparcieron en la rocosa y selvática península de Bataan. Llegaron la «marcha de la muerte» y la rapiña. El Presidente Quezón, que nunca fué un gran amante de los Estados Unidos y sí un continuo defensor de la libertad, propuso la «neutralidad» de Filipinas. Pero el Presidente Roosevelt le aseguró que los Estados Unidos lucharían por las Filipinas hasta el último hombre, y el general Douglas MacArthur, al abandonar las islas hacia Australia, prometió volver.

Desde Corregidor, MacArthur ordenó a los líderes Quezón y Osmena que escaparan a los Estados Unidos. Quezón ordenó a su ayudante, el general Manuel Rojas, que estaba aún en Bataan, que se quedara como jefe del Gobierno Filipino. Aunque Quezón le sugirió más adelante que debería irse a los Estados Unidos, Manuel Rojas prefirió quedarse, y fué capturado en Mindanao por los japoneses. Esta decisión constituyó probablemente el viraje de su carrera, pues cuando se celebraron las primeras elecciones en la postguerra, los filipinos prefirieron decididamente al hombre que había permanecido con ellos.

Después de 1943 los Estados Unidos desencadenaron dos grandes ofensivas contra el Japón: una en el Pacífico Central y la otra en el sudoeste de este mismo océano. Ambas lograron un completo éxito. Las fuerzas norteamericanas capturaron las bases japonesas, destruyeron aviones y barcos japoneses y mataron soldados japoneses. Pero ninguna de ellas disminuyó grandemente la potencia del Japón para continuar la guerra y destruir vidas norteamericanas. En octubre de 1944 las dos ofensivas se unieron en Filipinas; el resultado fué la derrota final de los japoneses.

La ofensiva del Pacífico Central, al mando del almirante Nimitz, empezó en Tarawa; se movió principalmente en la dirección de un eje que corre a través de las islas Gilberts (Tarawa, Makin) Marshalls (Kwajalein, Twiwetok), y las Marianas (Saipan, Tinian, Guam). En efecto, aniquiló la gran línea de sostenimiento japonesa que dominaba el Pacífico Central. La otra ofensiva, mandada por el general MacArthur, empezó al este de Nueva Guinea, apoyándose en la inmensa costa septentrional de la isla. A pesar de una salida poco valerosa en las Marianas, los japoneses mantuvieron toda su potencia hasta que ambas ofensivas convergieron en las Filipinas. Entonces, cuando atacaron, era demasiado tarde

para que los japoneses los aniquilaran. Juntos (MacArthur y Nimitz) tenían tal fuerza que el poderío japonés fué deshecho en una semana. El principal reto japonés fué marítimo, y fué rechazado en un fuerte y reñido combate alrededor de Leyte por la séptima flota del vicealmirante Thomas Kinkaid. La tercera flota del almirante Halsey libró otra de sus brillantes batallas contra una flota japonesa al norte de Luzón. Una vez que MacArthur volvió a instalarse con seguridad en las Filipinas, la segunda guerra mundial en el Pacífico se hallaba próxima a su fin (3).

Consecuencias de la segunda guerra mundial.—Hasta hoy están sufriendo las islas Filipinas los efectos de las destrucciones causadas por la invasión y la liberación. Los filipinos perdieron la mitad de su ejército de 70.000 hombres y tuvieron más de un millón de bajas civiles; ardieron sus ciudades; la ilegalidad siguió a las batallas; bandas de guerrilleros saqueaban el campo, y, lo peor de todo, los norteamericanos dejaron 400.000 fusiles en manos de quienes se enfrentarían más tarde con las fuerzas de la ley y el orden. Pero los filipinos hallaron nuevas perspectivas en la febril actividad del ejército norteamericano, que trajo dólares y equipo para convertir a las islas en un eficaz trampolín para el asalto al Japón. El sentimiento antiimperialista, tan evidente en todo el sudeste de Asia, apenas se agitó aquí. El virus de la propaganda panasiática, que envenenó a los políticos del sudeste de Asia, no atrajo a los filipinos. Las primera selecciones de la postguerra eligieron a Manuel Rojas, acusado de colaborar con los japoneses e inseparablemente unido con los ricos conservadores, pero murió en 1948, sucediéndole el vicepresidente Elpidio Quirino, cuya administración se desprestigió con numerosos escándalos. Reelegido en 1949, su total ineficacia y corrupción continuó infectando su administración. Las incursiones de los hukbalahaps (los «huks», para abreviar) llegaron hasta los alrededores mismos de Manila.

(3) *United States Army in World War II. The War in the Pacific. Approach to the Philippines* (Washington, D. C.: Government Printing Office, 1953), trata principalmente de las operaciones anfibas y terrestres de gran importancia a lo largo de la costa de Nueva Guinea durante el año 1944, y se refiere también a la parte que tomó el ejército en la conquista de las meridionales islas Palau. DAVID VERSTEIN: *The Philippine Story* (New York: Farrar, Straus, 1947); este último es un buen libro, acentuando el historial norteamericano en las islas.

Los "huks".—Los «huks» surgieron en marzo de 1942, en Luzón central donde era más amplio el abismo entre el terrateniente y el jornalero, y donde la resistencia a la autoridad constituía una persistente tradición. Los «huks» absorbieron en sus filas a los comunistas (filipinos y chinos) y se componían de educadores, líderes de los trabajadores, campesinos y bandidos vulgares. Cuando los terratenientes que buscaron la protección japonesa en las ciudades durante la segunda guerra mundial, intentaron volver reclamando sus haciendas, surgieron levantamientos. Durante tres años el Gobierno probó tanto a apaciguar como a mostrar su fuerza. Pero gran parte de la simpatía popular estaba, al principio, con los «huks» a causa de su tenaz lucha contra los japoneses y de la justicia de sus quejas. Pero desde agosto de 1948, cuando se lanzaron al campo, poniéndose fuera de la ley, perdieron la ayuda popular y únicamente se sostuvieron por el terror. El Gobierno insistía en que conocidos comunistas habían usurpado la jefatura de los «huks» y de su organización afiliada, la P. K. M. (Federación Nacional de Campesinos), asesinaron el 28 de abril de 1949 a la señora Quezón, y en adelante se hicieron cada vez más temerarios.

Aspectos estratégicos.—Las islas Filipinas, situadas entre el Océano Pacífico y el Mar de la China, al norte de las antiguas Indias Neerlandesas, forman parte de algunos de los más distantes territorios en los que ondeó la bandera de los Estados Unidos. Desde la isla más septentrional del grupo, en días claros pueden verse las montañas de Formosa, y desde la isla más meridional el norte del Borneo británico. Desde Mindanao, la mayor de las islas meridionales, un buque puede llegar a las Indias en unas cuantas horas. Asia continental se encuentra sólo a varios cientos de millas, a través del Mar de la China, con Indochina al oeste y Cantón y Hong Kong al noroeste.

Dentro de un círculo cuyos radios se extienden a 2.500 millas de Manila vive casi un tercio de la población mundial; de esta área procede el 90 por 100 del caucho mundial; el 70 por 100 del estaño; casi el 25 por 100 del antimonio; más del 60 por 100 del tungsteno; el 65 por 100 del arroz; el 55 por 100 de la coque; más del 10 por 100 del algodón, así como otros muchos productos agrícolas, forestales y minerales (4).

(4) REGINALD G. HAINSWORTH & RAYMOND T. MOYER: *Agricultural*

Las Filipinas están en el borde sudeste de Asia; este triángulo podría ser un puente para su amenazado vecino, Formosa, y apunta a los campos de batalla de Corea, a la China Roja, y más allá a las bases de Manchuria. Su flanco izquierdo se enfrenta con el sur de la potencia terrestre de la China roja y corre paralelamente a los campos de batalla del Vietnam.

Conscientes del coste de la ocupación extranjera, realizada por el Japón durante la segunda guerra mundial, los filipinos están determinados a evitar la penetración de otro potencial invasor asiático. Así, pues, los filipinos identifican su destino con el de la potencia aérea y naval más fuerte del mundo: los Estados Unidos, cuyas tradiciones políticas comparten. Esta estrecha alianza defensiva con los Estados Unidos la aconsejan especialmente los factores geográficos. La línea de defensa norteamericana en Asia se extiende desde las Aleutianas a las Filipinas, a través de Guam, el archipiélago japonés, Ryukyus y Formosa. Esta línea aísla al continente americano de un ataque directo. Los filipinos se consideran afortunados de constituir un bastión de esta línea, aunque Manila ha protestado por la retención de bases norteamericanas en una República Filipina soberana. Esto se debe principalmente al hecho de que los soviéticos no inspiran en el pueblo filipino ningún sentimiento de afinidad.

La solución original al problema de la seguridad de las Filipinas fué la neutralidad. Reconociendo la debilidad militar de Filipinas, el proyecto de ley de independencia Tydings-McDuffie pedía al Presidente norteamericano negociar con las grandes potencias la perpetua neutralidad filipina. Pero el curso de la segunda guerra mundial mostró la imposibilidad de alcanzar tal meta; en cualquier caso las circunstancias que condujeron a la independencia hicieron imposibles tales pasos. Los filipinos aceptaron la ley de independencia que sancionaba también la conservación de bases norteamericanas dentro de sus fronteras. De este modo los filipinos se comprometieron en una alianza defensiva con los Estados Unidos incluso antes de lograr su soberanía como Estado.

Inseparablemente ligados con el destino del sudeste de Asia, los filipinos simpatizaron constantemente con las aspiraciones política de todos los pueblos sometidos; han cooperado en todos los

Geography of the Philippines Islands (Washington, D. C.: U. S. Department of Agriculture, diciembre de 1945), pág. 1.

intentos realizados para elevar el desarrollo económico y el nivel de vida de estas áreas, y han ayudado a establecer determinadas formas de consulta mutua y acción común entre los Estados libres de Asia. Esta política ha favorecido la causa de la libertad indonesia, condujo a la participación en la Conferencia de Nueva Delhi, en la Conferencia de Colombo, a desempeñar un activo papel en la Comisión económica para Asia y el Lejano Oriente (ECAFE), y a frecuentes consultas entre los delegados asiáticos en las Naciones Unidas.

Las Filipinas posee un buen potencial de guerra, industrias ligeras y pesadas que pueden ayudar a las tropas en la batalla, y una capacidad para la producción de alimentos que puede hacer inútil un bloqueo. Las reservas de mineral se estiman en mil millones de toneladas, constituyendo los depósitos de cromo alrededor de once millones de toneladas métricas. Pero la gran deficiencia es el petróleo.

JOSEPH S. ROUCEK